

## CAPITULO V.

## CONSECUENCIAS DE ESTA DIVISION.

SUMARIO.—Expulsion de los ángeles rebeldes.—Su habitacion: el infierno y el aire.—Pasajes de San Pedro y de San Pablo,—de Porfirio,—de Eusebio,—de Beda,—de Vigier,—de Santo Tomás.—Razon de esta doble mansion.—Del cielo la lucha descendiende á la tierra.—El ódio al dogma de la Encarnacion, últimas palabras de todas las herejías y de todas las revoluciones, ántes y despues de la predicacion del Evangelio.—Odio particular de Satanás contra la mujer.—Pruebas y razones.

Y el Dragon, añade el Apóstol, fué precipitado sobre la tierra, *projetus in terram*. (1)

¿Cuál es esta tierra? Hablando de la caída de Lucifer y sus cómplices, San Pedro dice que Dios los precipitó en el infierno, donde son atormentados y guardados hasta el día del juicio. (2) Además, nos exhorta á la vigilancia, previniéndonos que el demonio, semejante á un leon rugiente, anda sin cesar dando vueltas alrededor de nosotros buscando á quien devorar (3).

San Pablo, á su vez, llama á Satán, el Príncipe de las tinieblas del aire, y advierte al linage humano, que se abroquele con su armadura divina, para que pueda resistir á los ataques del diablo. “La lucha, dice, que nosotros tenemos que sostener, no en contra enemigos de carne y sangre, sino contra los príncipes y las potestades, contra los rectores de

1. Et postquam vidit Draco quod projectus esset in terram, etc. *Apoc.*, xii, 13.

2. Rudentibus inferni detractos in tartarum tradidit cruciandos in iudicium reservari. II, *Petr.*, n. 4.

3. Vigilate quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugien, scircuit, quærens quem devoret. I. *Petr.*, v. 8.

este mundo de tinieblas, los espíritus malignos que habitan en el aire.” (1)

Así, los dos órganos más ilustres de la verdad, San Pedro y San Pablo, señalan por habitacion de los ángeles caídos, el infierno y el aire que nos rodea. No obstante cierta discordancia aparente, su lenguaje es exacto: es el eco vibrante de la tradicion universal.

Los pueblos antiguos, ¿no admitieron, bajo el nombre de Pluton ó de Serapio, un rey de los infiernos, habitante de las sombrías moradas del Tártaro y rodeado de dioses infernales, sus satélites y cortesanos? ¿No proclamaron, al mismo tiempo, con mil sacrificios, con mil formas de oracion, con mil ritos diferentes, la presencia de estos dioses infernales en las capas inferiores de nuestra atmósfera, así como la accion maligna de los mismos sobre el hombre y sobre el mundo?

“No en vano, dice Porfirio, creemos que los malos demonios están sometidos á Sérapis, que es el mismo Dios que Pluton. Como este género de demonios habita los lugares más próximos á la tierra, para saciar más libre y frecuentemente sus abominables inclinaciones, no hay suerte alguna de crímenes que no suelen intentar ó castigar.” (2)

En este punto, el lenguaje de la humanidad cristiana es

1. Secundum principem potestatis æris hujus. *Ad Eph.*, ii, 2.—Induite vos armatum Dei, ut possitis stare adversus insidiam diaboli. Quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem; sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum, contra spiritualia nequitæ, in cælestibus. *Id.*, vi, 11 et 12.

2. Improbos dæmones Serapi subditos esse haud temere suspicamus . . . atque idem prorsus qui Pluto deus iste est *Porphyr.*, apud *Euseb.*, *Praep. Evang.*, lib. iv, cap. 23, etc.—Hoc genus dæmonum, ut in locis terræ vicinioribus cupiditatis explendæ causa libentius frequentiusque versatur, nihil plane sceleris est, quod moliri non soleat. *Ibid.*, lib. IV, cap. XXII.

semejante al de la pagana. Los Padres de la Iglesia hablan lo mismo que los filósofos. He aquí lo que dice el Señor dirigiéndose á Lucifer: "Engendrado fuiste en la montaña santa de Dios; naciste entre brillantes piedras de luz; y brillabas más que ellas, hasta el día en que la iniquidad penetró en tu corazón. Tu ciencia se corrompió junto con tu hermosura y caíste precipitado á la tierra." (1)

"Por estas palabras, dice Eusebio, conocemos claramente el primer estado de Lucifer entre las potencias celestiales, y su caída, del rango más eminente por causa de su orgullo y de su rebelión contra Dios. E inferiormente á él encontramos millones de espíritus del mismo género, inclinados á las mismas prevaricaciones, y expulsados, por su impiedad, de la mansión de los bienaventurados. En lugar de aquella región clara de la luz, morada de la Divinidad; en lugar de aquella gloria que brilla en el palacio del cielo, en lugar de la sociedad de los coros angélicos, habitan en la mansión preparada para los impíos por la sentencia justa de Dios Todopoderoso, en el Tártaro que los libros santos designan con los nombres de abismo y de tinieblas.

"Para ejercitar en la virtud á los atletas y enriquecerlos; de méritos, una parte de estos seres malignos recibió de Dios permiso para habitar cerca de la tierra, en las regiones inferiores del aire, y así fueron con causas de los errores humanos y de la impiedad de los gentiles. La Escritura suele llamarlos espíritus malignos y demonios, principados y potestades de este mundo. Otras veces, Dios, para confortar á los hombres, á quienes ama, designa á aquellos bajo algunos símbolos, como cuando dice: "Andarás sobre el áspid y el basilisco y magullarás con tu pié los leones y dragones." (2)

1. Ezech., 38, 14.

2. Praep. Evan., lib. VII, cap. 6.

Omitiendo otros cien nombres, el Venerable Beda hablaba en Occidente en el siglo octavo, como Eusebio había hablado en Oriente en el siglo cuarto. He aquí sus palabras: "Ora los demonios volteen por el aire, ora recorran la tierra; sea que anden errantes por el centro del globo, sea que estén allí encadenados, por todas partes llevan consigo las llamas que los atormentan: semejantes al calenturiento que ni en un lecho de marfil puede evitar el calor, ni expuesto al sol se libra del frío, que la enfermedad le produce. De modo que, ni que los demonios sean honrados en suntuosos templos, ni que recorran el ancho espacio del aire, nunca cesan de arder en el fuego del infierno." (1)

Más adelante, otro testigo de la fé universal se explica en estos términos: "Una parte de los espíritus malignos arrojados del cielo quedó en la oscura región de las nubes, es decir, en las capas medias é inferiores de la atmósfera, llevando consigo los tormentos infernales: en ellas están, por disposición de la Providencia, para ejercitar á los hombres. Los otros demonios fueron precipitados al infierno, despojados de toda nobleza y dignidad; más no de lo natural, supuesto que, como lo enseña San Dionisio, los ángeles caídos no perdieron sus dones naturales, sino los gratuitos, la amistad de Dios, las virtudes y los dones del Espíritu Santo, que Isaias llama las delicias del Paraíso." (2)

Con su penetración ordinaria descubre Santo Tomás la razón de esta doble mansión de los ángeles rebeldes: "La Providencia, dice el Doctor Angélico, conduce al hombre á su fin de dos maneras: *directamente*, llevándole al bien; y este es el ministerio de los ángeles: *indirectamente*, ejercitándole en la lucha contra el mal. Era conveniente que este

1. Coment. in cap. 3; Epist. Jacob.

2. Vigier, cap. III, § 2, vers. 15.

segundo modo de procurar el bien del hombre fuese encargado á los ángeles malos, para que estos contribuyeran de algun modo al órden general. Por esto hay para ellos dos lugares de tormento: el uno por razon de su culpa, y es el infierno: el otro por razon que deben ejercitar á los hombres, y es la atmósfera tenebrosa que nos rodea.

“Y como el procurar la salvacion del hombre ha de durar hasta el dia del juicio, hasta entónces durará tambien el ministerio de los ángeles buenos y la tentacion de los malos. Así es, que hasta el último dia del mundo, los ángeles buenos continuarán siendo enviados á nosotros, y los malos habitando en el aire caliginoso para nuestro ejercicio. Aunque algunos de ellos permanecen tambien ahora en el infierno para atormentar á los que indujeron al mal; así como una parte de los ángeles buenos están en el cielo con las almas santas.” (1)

El texto sagrado continúa diciendo: “*Una vez precipitado á la tierra, el Dragon se dió á perseguir á la mujer, persecutus est mulierem.*”

¿Qué persecucion es esta? No es otra cosa que la continuación del combate de Lucifer y de sus ángeles contra el Verbo encarnado. En la tierra como en el cielo, hay como al principio y hasta el fin del mundo, los mismos combates, las mismas armas, el mismo fin. Ahí está toda la filosofía de la historia pasada, presente y futura. El que no comprende esto, no entenderá jamás ni una palabra del grande

1. Dicendum quod angeli secundum suam naturam medii sunt inter Deum et homines. Habet autem hoc divinæ providentiæ ratio, quod inferiorum bonum per superiora procuretur. Bonum autem hominis dupliciter procuratur per divinam providentiam. Procuratio autem salutis humanæ protenditur usque ad diem iudicii. Unde et usque tunc durat ministerium angelorum, et exercitatio dæmonum. Part. I, q. LXIV, art. 4.

enigma, que se llama la vida del linage humano sobre la tierra. Visto hemos ya, y con palabras de Cornelio á Lápide repetimos, que: “El pecado de Lucifer y de sus ángeles fué un pecado de ambicion. Habiendo tenido conocimiento del misterio de la Encarnacion, vieron con envidia la naturaleza humana preferida á la angélica. De aquí su odio contra el hijo de la mujer, es decir, contra Cristo. De aquí su guerra en el cielo, guerra sin tregua que continúan sobre la tierra (1).”

No habiendo podido oponerse al decreto de la union hipostática de la natura divina con la humana, Lucifer y sus satélites están constante y únicamente ocupados en frustrar sus efectos. Hacer imposible ó inútil la fe en el dogma de la Encarnacion, tal es la última palabra á que dirigen todos sus esfuerzos. Abramos la historia. Por arte de la malicia diabólica, el hombre, que debia principalmente aprovecharse de la Encarnacion, comienza por hacerse prevaricador. A fin de retenerlo eternamente alejado del Verbo, su libertador, Satanás carga al hombre, su noble esclavo, con una triple cadena. Hasta la venida del Mesias, tres grandes errores dominan á las naciones: el *Panteismo*, el *Materialismo*, el *Racionalismo*. Estos tres grandes errores se comprendian en uno solo, que es el principio y el fin de aquellos; el *Satanismo*.

Estas herejías monstruosas, madres de todas las demás, tienden, como se vé fácilmente, á hacer radicalmente imposible la creencia en el dogma de la Encarnacion. El pan-

1. Idcirco enim insectus est puerum masculum quem peperit mulier, puta Christum, ob eumque in cælo cum Michaele dimicavit, volens eum morti tradere, quia invidit ei hanc unionem. Omne enim ejus bellum est contra puerum hunc, adeoque quællum quod cum eo inchoavit in cælo, illud ipsum continuat jugiter in terra. In: *Apoc*, XII, 4.

teísmo: Si todo es Dios, la Encarnación es inútil. El Materialismo: Si toda es materia, la Encarnación es absurda. El Racionalismo: Si la sabiduría suprema consiste en creer solamente á la razón, la Encarnación es quimérica. Esto para las naciones paganas.

En cuanto al pueblo judío, encargado de conservar la promesa del gran Misterio, todos los esfuerzos de Satán tienen por objeto hacerle caer en alguno de estos errores, y arrastrarle á la idolatría. Y muchas veces lo consiguió, á lo menos en parte. Al pié de los ídolos, Israel olvida al Verbo encarnado, futuro libertador del mundo. Entonces, Satán reina en paz sobre el linaje humano vencido, y las crónicas de la antigüedad no son más que la historia de su insolente triunfo.

¿Y qué vemos cuando llega la plenitud de los tiempos? Rugen por todas partes las potencias infernales. La guerra contra el dogma de la Encarnación se reproduce con indecible encarnizamiento. Para impedir que se establezca el reino de Dios encarnado, desencadena Satanás las persecuciones. Para arruinarlo en las almas que lo aceptaron, sugiere las herejías. Por espacio de ocho siglos, desde el tiempo de los Apóstoles pasando por Arrio y llegando hasta Félix y Elipando, los esfuerzos del infierno se aplican directamente contra el dogma de la Encarnación; y este ataque, más ó menos velado, continúa en los siglos subsiguientes. En virtud de un retorno demasiado significativo, la divinidad de Nuestro Señor, ó el misterio de la Encarnación, clave del mundo sobrenatural, ha venido á ser en nuestros días lo que fué al principio, el objeto declarado, el punto capital, el lema del eterno combate. ¿No ha resucitado Arrio, como nuevo, en Straus, Renan y consortes, corifeos de la lucha actual?

Esperando la ruina casi total de la fe en el dogma de la reparación, funesta victoria que le está anunciada para los últimos días del mundo, Satanás multiplica sus esfuerzos á fin de hacer inútil dicha fe á los que todavía la conservan. Como en otro tiempo á los judíos, hoy arrastra á los cristianos á toda suerte de iniquidades; que es lo que San Pablo llama idolatría espiritual, cuyo efecto inmediato es aniquilar en todo ó en parte la saludable influencia del augustísimo misterio (1)

El Verbo encarnado, pues, hé ahí el objeto eterno del odio de Satanás; hé ahí la última palabra de las persecuciones, de los cismas, de las herejías, de los escándalos, de las tentaciones y de las revoluciones sociales: en otros términos, hé ahí la explicación del gran combate, que comenzado en el cielo, se perpetúa en la tierra para concluir en una eternidad, ó feliz ó desdichada.

¿Mas por qué la Encarnación ha sido, es y será siempre el único objeto de la lucha entre el cielo y el infierno? Esta cuestión es fundamental. La respuesta que se dé, es la única explicación posible del eterno encarnizamiento del combate, así como de la naturaleza y el conjunto de los medios empleados para el ataque y la defensa.

La Encarnación es todo el Cristianismo. Pero ¿cuál es el objeto de la Encarnación? Ya lo hemos indicado: es deificar al hombre. Dios no lo ha ocultado. Sus palabras, cien veces repetidas, ponen de manifiesto el divino designio. "Yo lo he dicho: sois dioses é hijos todos del Altísimo.—Serán llamados hijos de Dios vivo.—Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial.—Participantes de la naturaleza divina.—Se os ha dado poder para hacer os hijos

1. Quod est idolorum servitus. Gal. v. 20.

de Dios.—Ved cuál es la caridad del Padre, que nos llame-  
mos y seamos hijos de Dios.” (1)

El hombre conoce el divino consejo y lo ha conocido siem-  
pre. Sabe, y lo ha sabido siempre, que debe hacerse hijo  
de Dios en el sentido católico de la palabra. A ello aspira  
con todas las potencias de su sér. Satanás lo sabe también,  
y tiende la red al hombre por este lado. Las primeras pa-  
labras que le habló, son estas: *Comed de este fruto, y seréis  
como Dioses.* (Gen., III, 5).

Cuyo sentido es este: “Vosotros debéis ser Dioses, lo  
sé y no lo contradigo. Os propongo solamente un medio  
breve y fácil de llegar á serlo. Para que seáis Dioses, se os  
ha dicho: “Humillaos, obedeced, absteneos, reconoced vues-  
tra dependencia. Someteros á semejantes condiciones es lo  
más contrario al fin apetecido. La humillación no puede  
conducir á la elevación. ¿Queréis elevaros? Romped vues-  
tras ligaduras. El primer paso hácia la deificación es la li-  
bertad.”

Como en toda heregía, hay en estas palabras algo verda-  
dero. Lo verdadero que hay, es que el hombre debe ser dei-  
ficado. Lo falso es que pueda llegar á esto por el camino  
indicado por Satanás. Por esto, fijémonos bien en ello, esa  
promesa de deificación, por más extraña que aparezca, no  
excita en los padres del linaje humano, ni asombro, ni in-  
dignación, ni la más leve sonrisa de desprecio: la acogen, y  
por haberla tomado en el sentido del testador, se pierden  
al acogerla. Así Santo Tomás observa con razón, que el

1. Ego dixi: *Di estis et filii Excelsi omnes* Ps. LXXXI, 6.—  
Dicetur eis: *Filii Dei viventis.* *Osee* 1, 10.—Estote ergo vos per-  
fecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est. *Matth.*, v. 48.  
—Divinæ consortes naturæ. II. *Petr.*, 1, 4.—Dedit eis potestatem  
filios Dei fieri. *Joan.*, 1, 12.—Videte qualem charitatem dedit no-  
bis Pater, ut filii Dei nominemur et simus. I *Joan.*, III, 1.

principal pecado de nuestros primeros padres no fué ni la  
desobediencia, ni la gula, sino más bien el deseo *desorde-  
nado* de hacerse semejantes á Dios. La desobediencia y la  
gula fueron los medios; la ambición ilegítima de ser como  
Dios fué el objeto final de su prevaricación.

“El primer hombre, dice el gran doctor, pecó principal-  
mente ambicionando ser semejante á Dios en cuanto á la  
ciencia del bien y del mal, conforme se lo sugirió la ser-  
piente, en forma que por las fuerzas de su propia natura-  
leza se fijase á sí mismo las normas de lo bueno y de lo  
malo y conociese previamente lo bueno y lo malo que le  
pudiera acontecer. Secundariamente pecó por el deseo de  
hacerse semejante á Dios en cuanto al poder, en forma que  
por las obras propias de su naturaleza pudiese conseguir la  
bienaventuranza.” (1)

Santo Tomás no es aquí más que el eco de San Agustín,  
que dice claramente: “Adán y Eva quisieron usurpar la  
divinidad y perdieron la felicidad.” (2) Quisiéramos que  
ciertos *antropólogos*, cuya audacia llega hasta negar la uni-  
dad de la especie humana, nos explicasen la influencia má-  
gica que sobre todos los habitantes del globo ha ejercido  
esta palabra: *Sereis como Dioses.* Palabra que habiendo  
vencido, hace seis mil años, á los padres de nuestra raza,  
la repite Satanás constantemente á su desgraciada poste-  
ridad, y obtiene con ella el mismo resultado. Parece que

1. 2. 2. q. CLXIII, art. 2, corp.—“Sed vir, continua Santo To-  
más, non credit hoc esse verum.—Attamen, ut animadverti  
Sylvius, valde probabilis et veterum patrum sententia quod non  
sola Eva, sed etiam Adamus crediderit serpentinum illud: *Eristis  
sicut Di*, esse verum, fueritque etiam ipse deceptus ac seductus.  
*Not. ad S. Thom.*

2. Adam et Eva rapere voluerunt divinitatem et perdiderunt  
felicitatem. *Gloss. in Ps.* LXIII.

no sabe otra, y con esta, en efecto, tiene bastante. La psicología del mal, atentamente estudiada, demuestra que en el fondo de todas las tentaciones hay algun deseo de divinidad: las víctimas de Satán, nunca lo son sino por haber querido ser como Dios.

En resumen; así por parte del Espíritu de luz como por parte del Espíritu de las tinieblas, todo versa acerca de la deificación del hombre. El primero quiere efectuarla por la humildad; el segundo por el orgullo. El uno dice al hombre en la tierra la palabra deificadora que dijo al ángel en el cielo: *Sumision*. El otro repite al hombre la palabra radicalmente corruptora, que él mismo pronunció para su ruina: *Independencia*. De estos dos principios opuestos se derivan, cual arroyos de sus fuentes, los medios contrarios de la deificación divina y la satánica. Inútil es añadir que la primera es una verdad, y la segunda una falsificación: que la una hace al hombre verdaderamente hijo de Dios, imagen viva de sus perfecciones, heredero de su reino, compañero de su gloria; y la otra hijo de Satanás, cómplice de su rebelion y participante de su castigo: *ex patre Diabolo estis*.

No obstante, entre estos medios opuestos existe un paralelismo completo. Más adelante lo pondremos en claro; porque no es el menor peligro que se ofrece en la gran persecucion del ángel caído; pues Lucifer y sus subalternos "harán grandes prodigios y cosas asombrosas, hasta el punto de seducir, si posible fuera, á los mismos elegidos." Tal es la advertencia del divino Maestro, que se olvida con demasiada facilidad. Siendo verdadera en todos los tiempos, parece que hoy lo es más que lo haya sido jamás, y que mañana lo será todavía más que hoy.

El Apóstol termina la gran historia del mal, diciendo:

*'Y el Dragon persiguió á la mujer, que parió un hijo. Persecutus est mulierem, quæ peperit filium.*

La persecucion nos es conocida; pero ¿cuál es la mujer contra quien se dirige? Es la Mujer por excelencia, madre del Hijo por excelencia. Es la mujer, de quien se dijo al mismo Dragon inmediatamente despues de su primera victoria: "Pondré guerra entre tí y la mujer, entre tu raza y la suya; ella aplastará tu cabeza, y tú tendrás asechanzas á su calcañal." (1) ¿Quereis conocer á esa mujer? Escuchad la voz de los siglos pasados y presentes; todos repiten el nombre de María.

¿Pero cómo María cuyo paso por la tierra no duró mas que algunos años en un oscuro rincon de la Palestina, puede ser objeto de una persecucion, tan duradera, como los siglos, tan extensa como el mundo? María es la mujer inmortal. Cuarenta siglos antes de nacer, ya vivia en Eva, y Satanás lo sabia. Desde hace diez y ocho siglos vive en la Iglesia, y Satanás lo sabe tambien.

María vivia en Eva. Vivia en ella como la hija en su madre, ó mejor, como el tipo en el retrato. Segun los Santos Padres, Adán fué formado conforme al modelo del Verbo encarnado, y Eva conforme al de María. Desde el principio, María fué, en Eva, la madre de todos los vivientes; porque debia engendrar la vida *Mater cunctorum vivientum*. Este misterio, conocido por Satanás, explica su odio particular contra la mujer. Sin duda, la mujer culpable fué condenada á sufrir la dominacion del hombre y los dolores propios de su sexo. Mas esta condenacion, ¿basta acaso para explicar la triste condicion en que vemos á la mujer, en todos los siglos y en todos los puntos del globo. ¿Qué son los su-

1. Inimicitias ponem inter te et Mulierem, et semen tuum et semen illius ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. *Gen.*, III, 15.

frimientos del hombre, comparados con las humillaciones, los ultrajes y los tormentos de la mujer? De dónde proviene esta diferencia?

Crear que tenga su causa únicamente en la mayor culpabilidad de la mujer primitiva, nos parece una afirmación atrevida, por no decir un error. Verdad es, según Santo Tomás, que el pecado de Eva fué, bajo muchos aspectos, más grave que el de Adán; pero también es verdad según el mismo doctor, que por razón de la persona, el pecado de Adán fué más grave que el de Eva. (1) ¿Cómo se podría probar, que á los ojos de la justicia divina no haya alguna suerte de compensación que establezca la igualdad en el castigo de los culpables? Si queda alguna diferencia de culpa desfavorable á la mujer, ¿es acaso bastante para explicar la enorme agravación de su pena? ¿Es bastante, sobre todo, para explicar la preferencia incontestable que la mujer ha tenido siempre, por desgracia suya, en el odio de Satanás?

En todos los países en que él ha reinado ó reina todavía, la mujer es la criatura más desdichada que hay debajo del cielo. Esclava de nacimiento, bestia de carga, apaleada, vendida, ultrajada de todos modos, aniquilada con los más rudos trabajos, su historia no puede escribirse sino con lágrimas, con sangre ó con cieno. ¿Por qué este encarnizamiento del Dragon contra el ser más débil y de quien por consiguiente parece que menos tiene que temer? ¿De dónde viene esa predilección á escoger á la mujer y sobre todo á la doncella por *medium*, por órgano de sus mentiras, por instrumento de sus manifestaciones ridículas ó culpables? (2) Imposible nos es dudarle, es una venganza del Dragon.

1. 2. 2. q. CLXIII, art. 4.

2. La historia está llena de estas preferencias vergonzosas.

En la mujer, en la virgen sobre todo, él vé á María. Vé á la que debe quebrantarle la cabeza; y quiere á todo precio atormentar á la mujer, envilecerla, degradarla, sea para vengarse de su derrota, sea para impedir al mundo creer en la dignidad incomparable de la mujer, y así quebrantar hasta en sus fundamentos el dogma de la Encarnación: *Persecutus est mulierem* (1).

¿No parece que debería ser el hombre más bien que la mujer, quien tuviera la preferencia en el odio de Satanás? Porque al fin no es la mujer, sino el Hombre-Dios quien ha destruido el imperio del demonio. Sin duda el vencedor del Dragon es el Hijo de la mujer; pero también es verdad que sin la mujer, sin María, este vencedor no habría existido, y que Satanás continuaria siendo pacíficamente lo que en otro tiempo fué, el Dios y el Rey de este mundo. La observación es tanto más justa, cuanto que el vencedor de Satanás no ha venido del hombre, sino de la mujer, sin participación alguna del hombre.

Con razón, pues, el Dragon se venga de su derrota no en el hombre, sino en la mujer. Con razón, pues, Dios mismo le anunció que la mujer, y no el hombre, habría de quebrantarle la cabeza. Con razón, pues, la Iglesia rinde homenaje á María por sus victorias y le repite en todos los puntos del globo: "Alegraos, oh Virgen María; vos sola habeis des-

1. Esta preferencia de odio, dice Camerario, se observa hasta en el orden puramente físico. Se cree que las serpientes, crueles enemigas del hombre, lo son todavía más de la mujer; que la atacan más frecuentemente, y con más frecuencia también la matan con sus mordeduras. Un hecho evidente lo confirma, y es, que entre una turba de hombres, como haya una mujer, á ella le va á morder la serpiente. "Id enim in eo maxime perspicitur, quod etiam in turba frequentissima virorum serpens unius mulieris, etiam si sola fuerit, calcibus insidiari consueverit." *Medit. hist.*, part. 1, cap. 9.

truido todas las herejías del uno al otro cabo del mundo." (1) Con razon, pues, la mujer es el objeto preferente del odio de Satanás: *Persecutus est mulierem*. Con razon, pues, á todos los triunfos de María corresponden otros tantos rugidos del Dragon, y estos son tanto más furiosos, cuanto el triunfo es más brillante.

Estas ideas, á la vez tan racionales y tan misteriosas, tan sublimes y tan sencillas, ¡qué bien explican la encarnizada é inaudita lucha que presenciarnos en estos tiempos! ¿Qué ha hecho la Iglesia para sublevar contra sí tantos furoros? No hay que preguntarlo. Al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepcion, ha glorificado á la eterna enemiga de Satanás con una gloria hasta ahora desconocida. Pues elevando hasta los últimos limites el triunfo de María, ha hecho caer sobre el Dragon el último estallido del rayo, con que fué amenazado hace seis mil años. Hoy es verdaderamente cuando el pié virginal de la mujer pesa con toda su fuerza sobre la cabeza de la serpiente. Que Pio IX sufra amarguras indecibles, bien las ha merecido.

María, que en Eva, su madre, y en todas las mujeres, sus hermanas, fué perseguida por el ángel de las tinieblas con una rabia tal que la historia apenas puede dar idea de ella, lo ha sido tambien en su persona. ¿Cuál fué su vida desde la gruta hasta la cruz? Madre de las penas como su Hijo fué *varon de dolores*, ella sola tiene derecho de repetir de generacion en generacion: "¡Oh vosotros los que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor comparable á mi dolor!" (2) A ninguna otra, por consiguiente, le conviene como á ella el título de Reina de los mártires.

1. Gaude, Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo. *Brev. Rom.*

2. O vos omnes, qui transitis per viam, attendite et videte si es dolor sicut dolor meus. *Thren*, I, 12.

María muere y la persecucion no se para ante su tumba. En efecto, como María habia vivido en Eva, su madre y su figura, así vive en la Iglesia, su hija y su prolongacion. Decimos *su hija*, porque la sangre divina, de que nació la Iglesia, es sangre de María. (1) Decimos *su prolongacion*: la Iglesia; es como María, virgen y madre á la vez. Es virgen; jamás la ha manchado el error. Es madre; cuantos cristianos engendra, otras tantas veces puede decirse que engendra á Cristo: *Christianus alter Christus*. María fué la esposa del Espíritu Santo: igual privilegio goza la Iglesia: El es quien la protege, quien la alimenta, quien cuida de ella y la hace madre de innumerables hijos. (2).

Así, la mujer que fué pesadilla eterna del Dragon, es Eva es María, es la Iglesia, ó más bien, es María, siempre viviente en Eva y en la Iglesia. Mujer por excelencia, en quien un privilegio sin ejemplo reúne las glorias más incompatibles de la mujer, la integridad de la virgen y la fecundidad de la madre, mujer del Génesis y del Apocalipsis, colocada al principio y al fin de todas las cosas, ¡bendita seas! Tu existencia nos dá la clave para explicar la gran lucha que sin tí nadie comprenderia; y del mismo modo, tu mision, inmortal como tu existencia, explica la perennidad indefectible del odio infernal de que eres objeto y nosotros contigo: *Persecutus est mulierem quae peperit masculum*.

1. Beata Virgo María, ait Ambrosius, mater est, imo avia Ecclesiae; quia eum peperit, qui caput et parens est Ecclesiae. *Apud Corn á Lap. in Apoc.*, XII 1.

2. *Corn. á Lapid. in Gen.*, III, 14; et *in Apoc.* XII.